

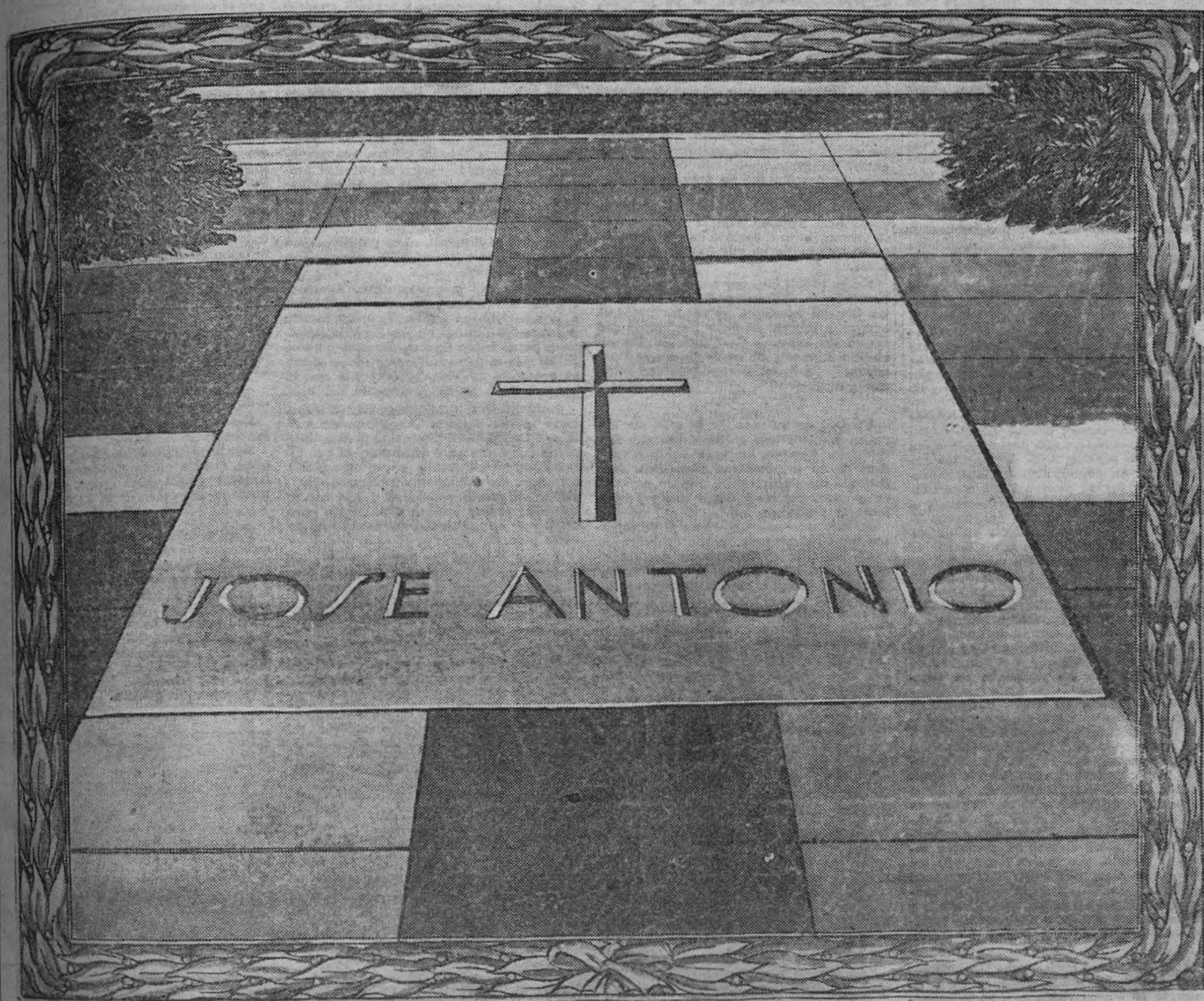


S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO I

MADRID, 22 DE NOVIEMBRE DE 1942

NÚM. 47



SUMARIO

La casa de los Primo de Rivera, por L. Agustín. Pág. 2.

La Universidad, por Tomás Gistau. Pág. 3.

El Palacio de Justicia, por Luis Filgueira, Pág. 4.

Alcalá Galiano, 8, por Juan Aparicio. Pág. 5.

El Parlamento, por Félix Centeno. Pág. 6.

La imprenta, por J. F. Pág. 7.

"La Ballena Alegre", por José María Alfaro. Pág. 8.

El campo, por Francisco Bravo; La Cárcel Modelo. Pág. 9

Alicante, por Julio Fuertes. Pág. 10.

El último camino, por Xavier de Echarri. Pág. 11.

El Escorial, por Eugenio Montes. Pág. 12.

Dibujos de Tauler, Eguía y Gabriel.

LA CASA DE LOS PRIMO DE RIVERA

Por L. AGUSTIN

A PARTE de la casa de la calle de Los Madrazo, 26, en cuyo portal aguardé una día veinte minutos a González-Ruano, que fué a hacerme una entrevista a José Antonio, no conocí otro domicilio de nuestro jefe que el de la calle de Serrano. El hotel de Chamartín apenas pude, años después, localizarse. Nunca fui a él, aunque supe por los camaradas de la bandera Remsa, encargados de su custodia, cómo era, a través de minuciosas descripciones. Y el bufete de Alcalá Galiano, pese a su aspecto de vivienda, era tan sólo eso, un bufete, un despacho, en el que por fuerza de las primeras idas y venidas se fraguó lo mejor de la Falange.

Así, repito, que sólo conocí como domicilio particular de José Antonio la casa que habitó en la calle de Serrano, marcada con el número ochenta y tantos, y frente por frente de «A B C». A pesar de ello, tampoco me es fácil hacer una descripción de esta casa, ni creo que lo sea para ningún militante de los que, como tales, le rodeábamos, por muy agudos observadores que fueran.

Porque ocurría que José Antonio tenía tal absorbencia vital, que cuanto le rodeaba quedaba inmediatamente, hasta para los más sagaces, relegado a segundo término.

A través de mi ya larga vida profesional, me entrevisté, en circunstancias culminantes, con ministros, presidentes de Consejo, Jefes de Estado y embajadores de grandes potencias. Tomando como fundamental lo accesorio, describí, supe describir, el orden de los despachos o salones de recibimiento; analicé minuciosamente libros, cuadros, fotografías, revistas y cuanto pudiera ayudar a definir al personaje de turno en la entrevista. Lo que allí no decían quedaba—o pretendía quedar—explicado con lo visto, con lo observado. Pero con José Antonio esto era no ya difícil, sino imposible.

Al menos así ocurrió para mí en más de una ocasión. Conocí a José Antonio—fui presentado a él—en una acera de la Gran Vía que no muchos años después tendría que llevar su nombre. Me pareció impresionante y difícil, porque junto a su afable sonrisa, a su extremada cortesía y a su correctísima y elegante apariencia física se diluían, aun entonces—un entonces totalmente alejado de la especulación política—unas impalpables cualidades de mando, de dominio, que inevitablemente epataban. No podía achacarse nada de esto al prestigio de un apellido, como nunca pisoteado en aquella época blasfematoria e incivil, sino a la exclusiva influencia de su tremenda calidad humana y hasta a algo extraño y misterioso que se desprendía de su persona, que no tardamos en comprender.

Escritas están, de antes, palabras de González-Ruano y mías, que no pueden dejar lugar a duda alguna. José Antonio tenía una personalidad inconfundible; José Antonio ordenaba sin querer; a José Antonio se le obedecía, también sin querer. A periodistas tan sensacionalistas como el nombrado les advertía en dos breves frases que se negaba a ser objeto de especulación sensacional, y era rigurosamente obedecido aun cuando su situación social y política, por fuerza salvaje de los acontecimientos, podía ser impunemente atacada por órganos de la solvencia moral que fueron «Heraldo», «La Libertad» y otros de más o menos improvisado republicanismo.

Una curiosidad sádica, tras la caída del Dictador, acrecentada después con su muerte en París, rodeaba a su primogénito, en edad y circunstancias propicias para acceder fácilmente a los más altos lugares de la política. Como él mismo confesó en diversas ocasiones, públicas y privadas, nada tan fácil como llegar a ser algo en España, cuando la subversión de los más altos y bajos valores estaba a la orden oficial del día. Mas José Antonio se reservaba para otras altas empresas. Un designio divino, mesiánico, había de convertirle, después del horrendo sacrificio de su vida, en mito inatacable de las futuras generaciones españolas. Si él no lo sabía, debía presentirlo, y las sirenas, fáciles en el halago, fueron desengañando una a una a lo largo de una línea de conducta ejemplar, única, heroica, sin vacilaciones ni claudicaciones de ninguna especie.

El, que tenía en sus manos la gloria, el amor y la fortuna, abandonaba todo con gesto displicente, cansado, como diciendo: «No es esto, no es esto...»

Y no era, en verdad, aquello. ¿Qué im-

portaba una cómoda y brillante situación personal si España, su amada España, era mal traída y peor llevada en bocas mercenarias, cuando no traidoras? ¿Qué importaba nada si él, educado fundamentalmente en el culto a la Patria, con sangre de muchas generaciones inmoladas en tan alto servicio, no podía añadir blasones a una ambición familiar entrañable, superpuesta a otras por legítimas que fueran?

Así, con todo esto en su torno, impalpable, difuso aún, conversar con José Antonio era estar pendiente de José Antonio; cuanto le rodeaba resultaba tan accesorio, tan superfluo, que no se hacía caso de ello. Ni antes ni después. En cuantas entrevistas le hicieron periodistas de todas partes se desprendió siempre, en primer lugar, aquella irresistible sugestión de su personalidad.

La casa de los Primo de Rivera fué siempre un modelo de hogar cristiano. El General, según recordamos de una semblanza biográfica escrita por D. Emilio E. Tarduchy, fué bautizado dentro de las veinticuatro horas de su nacimiento, y a este rigor católico respondió su formación religiosa. Su matrimonio con doña Casilda Sáez de Heredia fué en todo, y singularmente en esto, un acierto que robusteció la tradición familiar de los Primo de Rivera. José Antonio, con la autoridad de su primogenitura, sostuvo con rigurosa fidelidad el rango en que habían sido educados.

No es difícil suponer con estos antecedentes y la influencia de la entrañable tía Ma, en funciones de madre desde la temprana muerte de doña Casilda, lo que fueron las casas de José Antonio. De sus conversaciones y de su modo de ser trascendían, sin duda, sus entrañables cualidades familiares.

Un día, en su casa de la calle de Serrano, sostuve una extensa conversación con José Antonio, en gran parte reveladora de su personalidad vernácula. José Antonio me había citado tan de mañana en su casa, que me produjo cierta perplejidad la temprana hora.

Te advierto—me dijo—que si te retrasas unos minutos ya no me encontrarás. «A las ocho de la mañana del día siguiente me recibí con ese aire lozano que no da el aseo, sino el haber abandonado hace tiempo el lecho. Vestía un «mono» azul, y me explicó:

—En cuanto acabe contigo, como suelo hacer todos los días, de ocho a diez, me marcharé al Jarama a nadar un rato. Y tranquilizándome de la aparente premura, agregé:

—Pero no te apures, que te dedicaré el tiempo necesario.»

Y echando delante de mí me condujo, desde el vestíbulo, a través de un pasillo no muy largo, a un despacho que me pareció era pequeño y como destinado a su más íntimo trabajo. Acaso en él había una antigua mesa de caoba, y sobre ella—esto, desde luego, lo recuerdo bien, porque José Antonio me lo indicó con un gesto y una sonrisa impregnados de amargura—un retrato del Dictador; acaso había una estantería enristalada, con libros jurídicos; acaso el sillón que ocupaba José Antonio y la silla que yo ocupé enfrente, con la mesa de por medio, correspondían a esa época sin estilo en que el General formó su hogar; acaso había también otros muebles y algunos cuadros y diplomas y fotografías. Pero yo no recuerdo nada. Ni lo recordaba entonces tampoco, cuando minutos después de nuestra entrevista lo despedí, estando él sentado al volante de su coche, llevando a su lado a Manuel Valdés, su «compañero solterón», y detrás a Luis Aguilar, dispuesto a marchar a Ribas del Jarama.

José Antonio me había hablado aquella mañana, impetuosa y emocionadamente, como nunca le oyerá, ni antes ni después. En su conversación quedó bien patente lo que era él en la intimidad del hogar, lo que eran todos los suyos, porque la conversación estuvo referida a su padre. No al General, ni al político, ni al Dictador, sino a su PADRE, como padre y como hombre.

Se emocionó profundamente. Fluctuaron sus evocaciones, del más sano humor a la más amarga ironía. Todo un mundo desconocido que se movía fervorosamente en torno a una figura, que para mí sólo había sido el gobernante de la más dichosa época de mi vida, fué evocado con la palabra fácil, justa y elegante del hijo.

Políticamente, del hombre de Gobierno, nada quería decirme. Precisamente sus ideas, las de José Antonio, podían desprenderse fácilmente de la defensa que hiciera en el Parlamento, y, por otra parte, nosotros, los falangistas podíamos deducir de su propia política el juicio que le merecía, mejor que muchos. Pero para hablar de su padre todo el tiempo le parecía poco.

Y José Antonio me habló. La vida del General quedó reflejada en su hogar, en el cristiano hogar de que él era tan importante elemento. De las anécdotas innumerables que fueron afluyendo a su caudaloso relato, destacaron las referidas para fijar un aspecto humorístico del autor de sus días.

—Mi padre presumía con encantadora puerilidad de dos cosas que le eran negativas:

montar bien a caballo y hablar correctamente el francés.

El General madrugaba, y la primera obligación que se había impuesto era hacer equitación. Al margen de la conversación con José Antonio, en aquel momento, yo recordaba haber visto a D. Manuel, cruzar a caballo la calle de Coello, en dirección a la de Alcalá. Vestía «briches» marrón y americana negra y cubría su cabeza con un sombrero bastante tal y como correspondía a una gloriosa estirpe de magníficos jinetes, pero si recuerdo que su gallardía y apostura sobre el hermoso bruto no desmentían lo que le conocíamos a pie.

En estos paseos una de sus preocupaciones era pasar ante su casa para que los hijos pudieran contemplarle, porque tenía un empeño especial en demostrarles que era un gran jinete, un consumado jinete; pero sus hijos se reían y se gastaban luego donosas bromas.

Respecto a su negación para hablar el francés, que él creía dominar, José Antonio me relató con acento cálido su espantoso sufrimiento al ver a su padre levantarse, en un banquete que se le ofreció en París, a dar las gracias. Antes del acto el hijo convenció al padre de que debía llevar unas cuartillas escritas. El Dictador, que iba a recoger su legítimo trunfo como Caudillo de la conquista de Alacemas, se negó hábilmente, incluso prometiendo que no hablaría. Y llegado el momento, ante la estupefacción de José Antonio, habló en francés, en un francés que él no podía decir si era malo o bueno, pero que enardeció a los asistentes al acto, que le hicieron objeto de las más calidas y entusiastas ovaciones.

—Lo tenía que hacer así por España—dijo luego, emocionado aún.

España misma, su amor a España, mejor, debió de inspirarle.

Más tarde fueron los comentarios en familia, con las ácidas observaciones de José Antonio y la sonrisa buena, patriarcal y ufana del autor de la hazaña.

Y así recuerdo a José Antonio en su casa, aunque el otro, el de la Comedia, el de Madrid y el del Europa, el de las albas manchegas como Mota del Cuervo; el de la imprenta de nuestros semanarios, el de nuestros siempre efímeros domicilios, el de las cárceles, el de sus escritos, el de sus conversaciones políticas, el de su trágica muerte y el de su triunfal sepelio hasta la piedra escurialense, nos alejen de aquí hasta casi perderlo... Para ganarlo en su total grandeza política.



José Antonio con su sobrino Miguel

LA UNIVERSIDAD

Por TOMAS GISTAU

ERA una Universidad detestable. El preparatorio de Derecho se cursaba en la Escuela de Artes y Oficios. Un caseado destartado de la calle de San Mateo. En unos pasillos polvorientos, sin bancos donde sentarse, con los cristales de las ventanas rotos y sin el más rudimentario sistema de calefacción, los estudiantes aguardábamos la hora de las clases. Desdábamos la hora de las clases. Después de pasar una lista interminable, el catedrático comenzaba una disertación que no escuchaba casi nadie, salvo una docena escasa de alumnos que diariamente se sentaban en el primer banco. Unos, por verdadera vocación al estudio, y otros para que su faz quedara grabada en la retina del profesor, precaviéndose, sin duda, para el día del examen. Por lo demás, la mayoría de los alumnos se sentían totalmente desligados de la Universidad y sus problemas. Así, recuerdo mi estupor cuando el día que comenzó el curso—era el del año crucial de 1921—, al intentar penetrar en el paraninfo de la Universidad Central para presenciar la solemne ceremonia de la apertura del año académico con asistencia de las más altas dignidades del Estado, un bedel me cerró el paso, al igual que al numeroso grupo de estudiantes que tímidamente acudían por primera vez a las aulas estudiantiles y pretendían presenciar el solemne acto. Y cuando intentamos exteriorizar nuestro disgusto contra aquella arbitrariedad, con el vocerío peculiar de las algaradas estudiantiles, una pareja de guardias de a caballo, de aquellos entrañables guardias de hace veinte años, cargó sobre nosotros. Fué nuestro primer contacto con la fuerza pública, tan asiduamente tratada en los años posteriores.

Concluido el Preparatorio ingresamos en la Facultad y pasamos al edificio de la calle de San Bernardo. El viejo noviciado de los Jesuitas, del tiempo de los Austrias, no suponía ninguna mejora en lo que a la instalación material se refería. Y en cuanto a la instalación espiritual del estudiante en el ambiente cultural de la Universidad, tampoco se advertía ningún adelanto. Los pasillos eran tan polvorientos y oscuros como los de la Escuela de la calle de San Mateo. Y el estudiante y la Universidad seguían divorciados espiritualmente. Continuaban las clases monótonas, de las que procurábamos defendernos faltando a ellas con la mayor frecuencia posible y organizando huelgas para manifestar nuestra protesta con cualquier motivo y obtener de paso un anticipo en las vacaciones de Navidad o de Semana Santa. Era una Universidad detestable, de estudiantes habituales en los billares, bares y tugurios de las callejuelas del barrio.

Y fué en uno de los claustros de esta Universidad cuando una mañana, allá por el mes de marzo de 1923, estando hablando a la puerta del aula de Derecho Político con un compañero dos o tres cursos más adelantado que yo, se nos acercó un muchacho que cruzó breves palabras con mi interlocutor. Había en la persona del recién llegado un aire que llamó mi atención. Cuando se retiró—la entrevista duraría unos segundos— pregunté a mi

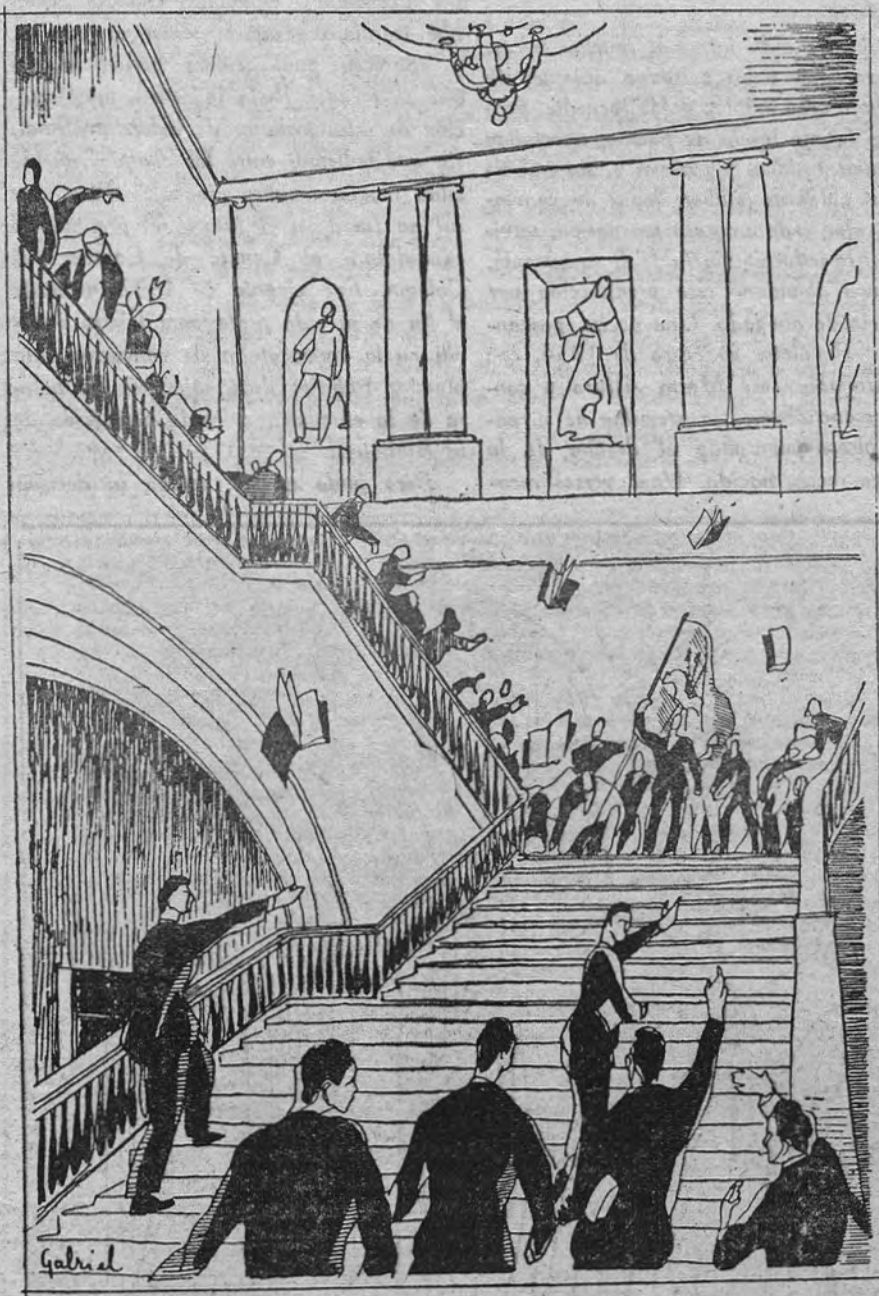
amigo: "¿Quién es este muchacho?" "Es el hijo del capitán general de Cataluña—respondió—, el mayor de los hijos del general Primo de Rivera."

José Antonio estudiaba entonces el tercer año de la Facultad. Era un buen estudiante, en el buen sentido de la palabra. Esto es, era de los que asistían a clase por vocación de aprender, sin preocuparse de que su banco estuviera más o menos lejos de la mesa del profesor. Estudiaba para saber. Por eso su paso por la Universidad fué, como corresponde al buen estudiante, silencioso y fecundo. Fecundo en el aprovechamiento de ideas y observaciones. Y a la observación clara y aguda de José Antonio no podía

que se alzaban frente a frente con la táctica política de la época: la lucha de las derechas contra las izquierdas; de los confesionales frente a los aconfesionales. Esta lucha estéril y negativa mató en flor la autonomía universitaria. Desaparecida ésta, quedaron las organizaciones estudiantiles entregadas a la tarea de apalearse sus afiliados los unos a los otros, con más o menos frecuencia y, desde luego, con regular periodicidad el día 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, Patrón de los Estudios. Yo recuerdo uno de aquellos días, y veo la figura de José Antonio, erguida en la meseta de la escalera principal de la Universidad, presenciando el tumulto desordenado de gol-

pública se adueñó totalmente de la Universidad, imponiendo un estilo comunista, contra el que no osaba enfrentarse la medrosidad general del ambiente. La Universidad era, en definitiva, reflejo del Estado. De aquellas dos organizaciones primitivas, una no llevaba en sí la resolución necesaria para seguir adelante. Se diluía en una excesiva máquina burocrática de organización y clasificación de afiliados. La otra, que comenzó manteniendo un sistema de principios liberales, se convirtió en instrumento de las fuerzas internacionales de la revolución. Instrumento tal vez el más importante y apreciado.

Por eso, cuando José Antonio pasó de la vida de trabajo y estudio a la activa del mando de la Falange, comprendió que en la Universidad estaba la clave del éxito del Movimiento que se iniciaba. Su experiencia universitaria no había sido vana. Y entonces surgió el S. E. U. como vanguardia de las Milicias falangistas que abrieron con su sangre los cauces de la Revolución Nacional. En las piedras de las calles de Atocha y de San Bernardo se estrellaron los muebles de las oficinas de aquellas pedantes organizaciones universitarias, tomadas al asalto. En el plazo de unos meses la F. U. E. fué abatida por el S. E. U., y se operó el hecho, milagro de nuestro tiempo, de que los estudiantes sustituyeran unos gritos antiespañoles por el grito de ¡Arriba España! Desde este instante el triunfo de la Revolución Nacional estaba asegurado. Cuando llegó el 18 de julio salió de las Universidades españolas la legión de estudiantes con la camisa azul que fueron a engrosar las filas de las Academias Militares de alféreces provisionales, nervio del Ejército de Franco. Yo estoy seguro de que nada resuena en la losa sepulcral de El Escorial con sonido más íntimo que el paso acompasado de las Milicias del S. E. U. encuadradas bajo el mando de sus oficiales, llevando al frente la bandera que un día tremolara en las manos del cardenal Cisneros.



escapar el ambiente universitario que le rodeaba ni la idea de que la Universidad era y es la clave del Estado. Por aquella época la Universidad comenzaba a desperezarse de un letargo centenario. Desaparecidos los antiguos Colegios Mayores, muerta la vida propia de las viejas y gloriosas Universidades españolas, rota la unión entre profesores y alumnos, centralizadas administrativamente, como Delegaciones de Hacienda o Jefaturas de Obras Públicas, las Universidades languidecían sin vida. Estaba entonces recién promulgado el decreto creando la autonomía universitaria. Era el primer paso para galvanizar las Universidades moribundas. En aquellos momentos nacían dos organizaciones universitarias

pes y carreras. Era una expresión más de ruptura en la unidad espiritual de los españoles, pero de los españoles de su generación, a los que en el día de mañana había de corresponder la dirección de los destinos del Estado. Tal era el ambiente de la Universidad cuando José Antonio abandonó las aulas con su título de Licenciado en Derecho.

Después de José Antonio el ambiente universitario fué haciéndose más torvo a medida que se hacía torva y agria la faz de España. Las algaradas universitarias fueron tomando un aire más hosco. Al tipo del estudiante señorito sucedió otro que en el breve transcurso de los años que mediaron entre el final de la Dictadura y el principio de la Re-

LA IMPRENTA

(Viene de la página 7.)

saciones políticas e ilusionados proyectos, realizables después del completo desarrollo del drama nacional, que había de culminar en tragedia...

Desde el rellano de la escalera en que confluían los dos tramos de aquel edificio vi muchas veces partir el coche de José Antonio. Don José Ceballos—asesinado como todos los suyos en los primeros días rojos—, con su inevitable puro en la boca, saludaba a nuestro Jefe, prendido en su personal prestigio. Los muchachos salían, al fin, con su grito triunfal. Los que aun quedábamos volvíamos de nuevo al taller, por si algo habíamos olvidado, cambiábamos algunas palabras con Garcíaaso, con los Rodríguez, con Mateo, con Torres..., un poco melancólicos.

¿Volveríamos a la semana siguiente? Aquel taller, que era nuestro un día cada semana, lo perdíamos al menor capricho de las autoridades, que suspendían ARRIBA, y entonces el sueño, el anhelo era recobrarlo, porque la verdad es que sólo en ellos nos encontrábamos como en nuestra propia casa.

J. F.

El Palacio de Justicia

Por LUIS FILGUEIRA

HACE pocas semanas, paseando por el claustro de pasos perdidos del Tribunal Supremo, un viejo magistrado — toga de jerga y terciopelo negro, fina y alba filigrana en los encajes, voz doctoral y afable — me decía: "Ahora que esto está tan limpio y revocado, resuelta toda la impureza de los años rojos y la turbiedad de los que les precedieron... ¡cómo se siente, dulce y enérgica, precisa y acerada, la voz de aquel gran abogado!" Sí; hemos sentido muchas veces — venciendo la nostalgia — su voz y su figura ante la severidad alegre y decorosa de este Palacio de Justicia, que fué su taller profesional desde abril de 1925 hasta junio de 1936. Once años de su vida en las Salesas; primero de letrado en defensa de sus causas y pleitos, y después de abogado de España, de Falange y de sí mismo, en su magnífica encarnación de Jefe perseguido por una justicia adjetivada contra él.

Yo le conocí en esa casa, precisamente en los momentos en que se estaba produciendo la transformación de su toga, iluminada por fuerza de su espíritu, en luz inapagable de verdades para dentro y fuera de la casa. Las verdades que han salvado todas las togas y todos los estrados. Era entre mayo y junio de 1932, en el Congreso Nacional de Abogados; hacía muy poco tiempo que yo ejercía la carrera, y una razón de edad me llevó a ocuparme del tema "Formación profesional del abogado", trabajando en la Sección correspondiente, donde también actuaba José Antonio. Se había propuesto la creación de una Escuela de Abogacía que debía enseñar la práctica, la manera de andar por Audiencias y Juzgados, después de salir de las aulas universitarias. Parecía a algunos señores muy necesario esto, al menos — suponíamos otros — para poner un dique de covachuelismo a la competencia de los nuevos y jóvenes licenciados. José Antonio formuló una ponencia contraria, y me incorporé a ella; la defendimos juntos y triunfó, porque la intervención de José Antonio ante la atenta consideración de Congreso ganó sus decisiones. Su apasionada y clara dialéctica sostuvo que lo verdaderamente necesario era la formación universitaria, la capacitación doctrinal y técnica, y que sin ella sobran todas las escuelas de empirismo, porque "todos hemos hablado de la legislación procesal en Roma, sin que nosotros ni nuestros maestros hayamos ejercido la profesión en los tiempos de esplendor del Derecho Romano". Ponía aquí José Antonio, como siempre, aquellas dos cosas que salvan a los hombres de la injuria del tiempo: la referencia de todo tema suelto al sentido total de las razones y la certera claridad en la elección de ejemplos. Nuestra moción triunfó, y con ella la tesis universitaria de la totalidad frente a la particularización, de la formación frente al empirismo.

El ejercía la carrera desde abril de 1925. Su expediente de incorporación al Colegio de Abogados tiene el número 10.883 de la Corporación. Se inicia con una simple solicitud reglamentaria y concluye con el acuerdo de la Junta de Gobierno, en su primera sesión, el día 29 de marzo de 1931, proclamándole decano perpetuo del Colegio.

Como en todas las cosas del Fundador, nada es privativo a la memoria de un grupo profesional o local, porque todo en él tenía repercusión generalizadora. Lo que si supieron, desde luego, en cuanto empezó a ejercer la carrera, los jueces, magistrados, fiscales y abogados, la curia toda de las Salesas y de la Casa de Canónigos, es que un joven letrado, hijo del general Primo de Rivera, se presentaba como algo

muy serio en las lides forenses. Que venía allí, y ya fuera en un Juzgado Municipal o en Tribunal Supremo, ajustaba la verdad doctrinal y los ritos forenses, en escritos o informes de un estilo escueto, sin vana retórica, y bajo un gesto seguro y terminante. Era que en aquello, como en todo, creaba el estilo nuevo y único que había de ser para siempre la expresión cabal de su honda y ancha humanidad. Un día andaba yo por la Audiencia Provincial, muy preocupado ante una vista que iba a comenzar, José Antonio esperaba otra suya, en la que tomaría la defensa de los primeros falangistas, y como me viera repasando nerviosamente unas cuartillas, me dijo: "Nada de leer y aprender de memoria; en el informe no hay que llevar más que el conocimiento del asunto, el sentido de que es justo y el ánimo decidido de exponerlo de la manera más clara y más fuerte que sea posible." Nunca recibí una lección más provechosa.

Le hemos oído informar muchas veces. Las oraciones y los períodos, ausentes de toda hojarasca inútil y grandilocuente, pero con un íntimo latido de poema, aportaban escuetamente ideas y razones y, sin embargo, sus palabras estaban llenas de convincente calor y de amorosa persuasión, servidas por la seducción inefable de su ademán.

Nunca abandonó esta predilección por su oficio de abogado. Una noche, paseando por Recoletos en enero de 1934, con su entrañable José María Alfaro y conmigo, escuchábamos la precisión de su palabra girosa augurando el destino de la Falange recién nacida. Unos versos reco-

gidos en un cuaderno andaban por medio, y a todo acudía su certera y documentada opinión. Entre lo uno y lo otro, poemas y destino, le asaltaba de paso la preocupación derivada de algún pleito pendiente. "¿Cómo es posible mantener que la herencia yacente es una persona jurídica?"

Y esta condición de letrado, "cultivada con tan amorosa atención", le llevó a laborar siempre por la mejor preparación de los letrados, por su elevación profesional en la doctrina y el estudio. Había dicho en el Congreso palabras tan veraces como estas que hemos recordado: "Europa está llena de ejemplos de abogados y magistrados en ejercicio, que compaginan su actuación profesional diaria con el cultivo de la ciencia y de la técnica. Se publican libros admirables, monografías admirables, que nos avergüenzan a los modestos licenciados españoles cuando vemos que transcurren meses, semestres y años, y aparecen publicaciones periódicas, en que se recogen hasta la última manifestación de estos trabajos de índole doctrinal, sin que hallemos entre los nombres que se citan ningún nombre español." Para que así no fuera en el futuro, él presentó su candidatura al Comité de Cultura del Colegio. Fué elegido en 1932, y hasta el fin de su vida profesional laboró desde allí en la convocatoria de concursos para premiar trabajos doctrinales, en la mejora de la enseñanza y en la perfección de la Biblioteca.

Pero junto a esto, estaba su decisión

de que el Foro de España no olvidara lo que en la vida cotidiana de España acontecía. Los estrados eran trinchera y baluarte para mantener tesis jurídicas, que podían tener en su seno una fuerza política imposible de soslayar. En concierto con el ímpetu de las primeras escuadras de la Falange, creó José Antonio una escuadra propicia para batallas en las Salas de Justicia, y la dió nombre de servicio: Servicio Jurídico de la Falange. Era el instrumento apropiado para oponer razones, y aun más que razones, a las bajezas delatorias de los Gobiernos de la República, contra la verdad renaciente de la Patria. El mismo, que lo dirigía de manera inmediata, fué ejemplo en la defensa valerosa de los mejores camaradas, procesados por los graves delitos de gritar ¡Arriba España!, o de reunirse para pensar en su destino, o de tener unas armas necesarias para repeler las agresiones; él dió la norma y la enseñanza: fervor cálido de la Falange en las defensas, y preparación técnica adecuada al lugar donde se producían. Manolo Sarrión, Pepe Sevilla — caídos por la Falange y por España —, Garcera, Reyes, Rodríguez Jimeno, Matilla, Costa, los hermanos Jimeno, Valentín, Manolo López, Parada — también caído —, Redondo y otros siguieron puntualmente ese camino, como escuadristas de una formación militante y airada contra el desmayo y el olvido. ¿Cómo no había de ser así si el ejemplo llegaba a tanto que el propio José Antonio defendía en los viejos estrados de las Salesas al mejor camarada, al Fundador en el mismo encarnado, al Jefe Nacional de la Falange?

Por última vez, en el estado de libertad, José Antonio fué al Palacio de Justicia en ocasión de una Junta general del Colegio de Abogados, para afirmar con su presencia y con su voto que el Frente Popular no podía llegar a ocupar los escaños directivos del Colegio. Fué una sesión tumultuosa, vencida airoso por un movimiento de repulsión contra la herda amenazante. Detenido pocos días después, vino de nuevo a la Sala Segunda del Tribunal Supremo, la Sala donde tantas veces había logrado triunfos, para defender ante la Justicia la legitimidad de la Falange. Si hubiera vuelto una tercera vez — Garcera y Rodríguez Jimeno bien lo saben — desde Alicante, para defenderse de nuevo, acaso hubiera salido a través de la Biblioteca, sin la escolta policial que le llevaba. Aquel 7 de mayo yo le vi por vez última en las Salesas, y aquella fué la fecha en que yo pisé por vez última aquel recinto antes de su recobro para España, pues para mayor honra de mi vida, fui conducido entonces, a mano de unos guardias, desde la puerta grande del Tribunal Supremo a la Cárcel Modelo de Madrid.

Después, el Jefe Nacional de la Falange, el abogado José Antonio Primo de Rivera, con el mismo ponderado pulso, la misma raíz de fundamentación jurídica, el mismo ademán inolvidable y la misma sonrisa, ocupaba el sitio de su defensa en Alicante, diciéndome su argumento entonado a la ocasión de un Tribunal espúreo. Espúreo, sí, pero que sólo podía ser tratado como José Antonio lo hizo, con la serenidad letrada que siempre acompañó a su actitud denodada y heroica. De nada sirvió, pero aquella defensa puso también la toga ante los fusiles asesinos. Y la toga y la Falange fueron asesinadas en su cuerpo, para mejor bautismo del Derecho y la



Alcalá Galiano 8

Por JUAN APARICIO

CADA hogar no son unas señas que buscar en un plano, sino un pedazo de nuestra biografía, como la transfusión de algo de nuestro ser en el contorno; porque el hombre ha influido siempre sobre el ambiente. La vida de José Antonio en Madrid podría reconstruirse así, a la manera de un mosaico, juntando los rastros de su personalidad superviviente a través de sus sucesivos domicilios madrileños. En cuanto la vivienda es vivencia, hay que descubrir a José Antonio Primo de Rivera dentro de todas estas casas ciudadanas, al parecer sin fisonomía y sin secreto. Desde el número 24 de la calle de Génova hasta la calle de Serrano, 86, donde estuvo su morada final en Madrid, puede transitarse por un itinerario sentimental que nos conduce a Juan Bravo, 2; a Montesquiza, 15; a Conde Orfila, 10; a Piamonte, 7; a Serrano, 27; a Mayor, 85 (antiguo); a Los Madrazos, 16; a Magdalena, 12; a Alcalá Galiano, 8, y al hotel de Chamartín. Entre tantos hogares diferentes, José Antonio repartió su existencia infantil, adolescente y granada: sus ensueños poéticos y el realismo de su política.

Cuando José Antonio Primo de Rivera decidió voluntariamente el sesgo de su sino individual, prefiriendo a la abogacía, que no le negaba nada, la trágica misión de ponerse al frente de la juventud de su Patria, cuya perspectiva era una acumulación de negaciones, convivía entre su bufete de la calle de Alcalá Galiano, número 8, y la residencia familiar de la finca de Chamartín. Allí deben permanecer indelebles y estremecedores sus soliloquios y los diálogos con su conciencia y con los suyos o con algún amigo muy próximo y casi fraternal. Tan pronto dirigía su mirada al retrato de su padre, D. Miguel, interrogándole con la sangre en vilo, antes de salir de la intimidad, o repetiría las estrofas imperiales de Rudyard Kipling, impresas en un cuadrito encima de la pared de su despacho. José Antonio era el marqués de Estella, como le recordaba el dibujo topográfico de la tierra navarra en la habitación contigua, para quien su Grandeza de España era una rémora social; como la clientela de fama forense era otra inconveniencia; como esos libracos encuadernados en pergamino, en medio de su estantería, sugestionándole como lector, eran otra incertidumbre.

Las dudas y las ambigüedades acabaron en seguida, porque otra gente sin semejanza alguna con la habitual—aristócratas, litigantes y familiares dilectos y confanzudos—comenzamos a entrar y a salir por la puerta de Alcalá Galiano, número 8. Junto a esta puerta hay un farol, y al lado está el palacete de la antigua Presidencia del Consejo de Ministros, presentándose de este modo vigiladísima y poco recatada esta vivienda que iba a convertirse en banderín de enganche y en centro conspiratorio. Acaso el hijo de la estirpe gaditana del marqués de Estella comparase con la imaginación su porvenir incierto de Jefe catilinario y las peripecias y trapisondas de ese político romántico, pintado de viruelas y gaditano también, que daba el nombre a la calle. Muchas veces he visitado a José Antonio en esta casa durante los años 1933 y 34; pero sólo he de referir después la rememoración de mis primeras visitas. Las pristinas impresiones son todavía nítidas y con relieve, mientras que se entremezclan y confunden dentro de mi memoria la última reunión donde concurríamos antes de publicarse "FE", o

aquella mañana, sacudida por el alborozo y los malos augurios, cuando acudimos a felicitarle por la indemnidad tras el atentado en las cercanías de la Cárcel Modelo; o la entrevista en el mes de julio del 34, apenas dos horas con anterioridad de que nos sorprendiese la Policía en nuestra sede de Marqués del Riscal y fuéramos presos todos hasta los calabozos de la Dirección General de Seguridad. José Antonio era diputado, pero no quiso alegar su inmunidad parlamentaria, tal vez para no quitarle la razón aritmética al ex legionario andaluz que canturreaba con nosotros:

Nos cogen a todos presos,
nos meten en camión
por el de Gil Robles,
que manda en Gobernación.

Muchos más recuerdos entreverados permanecen en mí de Alcalá Galiano, número 8; pero he aquí cómo principiábamos nuestro trato con Primo de Rivera en el mes de marzo de 1933. Ya había fracasado el número único y casi nonato de "El Fascio", para cuya redacción hubimos de congregarnos en varias ocasiones en Canarias, número 45—domicilio de Ernesto Giménez Caballero—; en la casa de D. Manuel Delgado Barreto y en el propio edificio de "La Nación". En adelante había que proseguir los contactos iniciados entre las J. O. N. S. y José Antonio, quien a su vez mantenía relaciones con viejos correligionarios del Dictador, con algunos militares retirados por Azaña y con grupos de muchachos devotísimos a su misma persona. José Antonio nos brindó su domicilio, y allí hubimos de ir en aquellos crepúsculos primaverales que olían a Falange, sin que nadie conociese aún a esta apelación fascinadora como femenina. Entre dos luces nos colábamos de rondón, cual si fuésemos conjurados, por el portal de la casa burguesa de cuatro pisos y subiendo tres o cuatro escaleras de mármol; José An-

tonio, al escuchar el timbre, salía a recibirnos. Ya se habían marchado los pasantes y permanecía tan sólo un criado fiel, que nos servía inmediatamente una bebida fuerte y almendras tostadas. No olvidó la forma ni la dureza singular de estas vasijas, como tampoco la voz penetrante y ancha de su dueño. José Antonio bromaba ante el peligro de nuestra vecindad con la Presidencia del Consejo, que nos enviaría una ronda de polizontes para sorprendernos en aquella tenida de patriotas. José Antonio nos leía su polémica por correspondencia con Juan Ignacio Luca de Tena y añadía en el acto, con un mohín de joven que se divierte: "Lo importante es que cada día hagamos algo nuevo, pues de este modo se nos irá conociendo más. Las J. O. N. S. estaban representadas por Ramiro Ledesma, por Giménez Caballero, por Carlos Rivas, que acababa de abandonar el trotskismo, y hasta Rafael Sánchez-Mazas había puesto en el ojal de su solapa nuestras emblemáticas flechas yugadas. José Antonio no ponía reparos a la dogmática ni a la estética de las J. O. N. S., sino a su carácter hasta entonces estudiantil, minoritario, desgarrado... José Antonio había traído a la reunión a los representantes de otros grupos activos, veteranos albiñanistas, somatenistas, y allí estaba un rapaz medio italiano, hijo o pariente del Duque de Híjar, con la experiencia de diez años de fascismo. Eran las vísperas de la Semana Santa y se pensó en una especie de ensayo general de actuación callejera, contribuyendo todos con sus huestes a la defensa de las procesiones, y si era preciso todos habían de estar dispuestos para meter camorra. Ramiro replicaba ofreciendo la organización de sus Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, quienes podían ser dirigidas y capitaneadas por José Antonio Primo de Rivera, si así lo estimaba oportuno.

Al cabo de varias veladas repetidas en torno a la misma inquietud, y habiéndose conversado sobre metafísica y sobre latín, sobre táctica revolucionaria y sobre las estrategias de la propaganda dentro de nuestro tiempo, José Antonio se negó ante la oferta de Ramiro, coincidiendo, al fin, varios contertulios en que debía estructurarse un plan para un partido nuevo. Al día siguiente, José Antonio nos leyó un proyecto embrionario de Movimiento Español Sindicalista, o sea del M. E. S., de los primitivos afiliados a la Falange que todavía no existía. Y Ramiro Ledesma Ramos tuvo que retirarse a su campamento jonsista, preparando poco después un viaje a Portugal para visitar a Onésimo, mientras que se nos ocurría la iniciativa de la edición de la revista teórica del Nacional Sindicalismo, que había de denominarse asimismo "J. O. N. S.". José Antonio quedaba en la calle de Alcalá Galiano, número 8, con el alma transida por el regusto de su primera aventura política dentro del mundo de la mano abierta. Sus reflexiones hubieron de ser muy semejantes a las de Octavio, habiendo sido asesinado su tío Julio César. Si París bien valió una misa, según el hugonote Enrique IV, Roma, para el futuro Emperador Augusto, bien hubo de valer un arranque de voluntad, aunque se le paliase con el disimulo. Pero José Antonio Primo de Rivera no fué jamás un réprobo, ni mucho menos un simulador; por lo que su resolución de intervenir sin disfraces ni palinodias en la angustia de la vida española tenía que precipitarse de raíz y mirando a su suerte cara a cara. Como esta postura irrevocable hubo de cristalizar en las soledades del despacho de Alcalá Galiano, número 8, yo no sé qué unción tremenda y sacra presenta ante mí esta casa y esta calle.



José Antonio con Ramiro Ledesma en Alcalá Galiano, 8.

EL PARLAMENTO

Por FELIX CENTENO

LE recuerdo muy bien. Parece que le veo aún en aquellos pasillos, con su fina sonrisa, un gesto cansino como de hastio, oyendo dimes y diretes a unos y a otros. Sentía un desprecio profundo por aquella casa, que se hizo para elaborar las leyes de España y terminó en antecheca, donde se fraguaban crímenes de Estado. Los primeros vecinos del Congreso fueron caballeros con sombrero de copa. Entre los últimos había ya atracadores, dinamiteros, ex presidiarios de delitos comunes y otras gentes de mal vivir que apenas pueden andar sueltas por las calles de un país civilizado. Convivir en aquella vecindad, aunque él redujera la convivencia a la mínima expresión, era para José Antonio un sacrificio enorme que el deber le imponía. Estaba en el Congreso porque su presencia y su acción minaban el parlamentarismo.

Ya antes de que Cádiz le eligiese diputado le asqueaba la idea de acudir allí. Recuerdo que en los días de propaganda electoral me encomendaron para el rotativo "La Prensa", de Buenos Aires, una entrevista con él. Fuí a verle al despacho de la calle de Alcalá Galiano, aquella casa separada por un tabique de la Presidencia del Consejo de Ministros, simbólico emplazamiento que nos decía que estaba a dos pasos del Poder. En aquella mesita del recibimiento-antedespacho Fidel de la Cuerda manipulaba, como siempre, entre montones de papeles, interrumpido por el tintineo constante de las llamadas telefónicas.

—Va a ser difícil ahora — me dijo—. Porque el coche está preparado y José Antonio se marcha a Cádiz.

Pasó el recado. Y al salir me repitió:

—Hasta la vuelta, imposible.

Pero me invitó a pasar, de todos modos.

Entré en el despacho. José Antonio estaba de pie, recogiendo los últimos papeles antes de emprender el viaje. Me saludó con aquella carnecanía suya y me dijo con aquella contundencia, suya también, que no admitía réplica:

—Ahora, nada. Me voy. Cuando vuelva.

Luego, sonriente, encogiendo los hombros y jugando los brazos, como para expresar elocuentemente un hecho fatal, dijo:

—¡Voy de elecciones!

Efectivamente, fué diputado. Cogió al Congreso por los cuernos para derribarle y no quiso de él sino el provecho que su resonante tribuna y sus pasillos de largo eco ofrecían para su causa, entonces naciente. José Antonio habló pocas veces. Fué muy irregular en su asistencia al Parlamento. En unos períodos iba casi a diario. En otras etapas no ponía los pies por allí. Sentía un desprecio profundo por la casa y sus moradores. Tenía buenos amigos, y con ellos conversaba. Les estimaba — ¡qué duda cabe! — personalmente; pero el hecho de que acudieran a la liza en serio, a debatirse con los energúmenos, le alejaba por completo de aquellos amables señores.

De los diversos pasillos del Congreso el que más frecuentaba José Antonio era el primero, aquel que da acceso al salón de sesiones por



las mamparas de la Presidencia. Estaba generalmente allí, de pie, en el centro, cerca del primer guardarropa. Escuchaba con gesto socarrón lo que le contaban, las mil triquiñuelas, zancadillas y maledicencias que eran el plato de cada día. De vez en cuando ponía su comentario acerado: dos palabras contundentes, lapidarias, que unas veces tachaba la censura y otras se limaban, por temor, en las propias Redacciones de los periódicos.

En aquel punto donde se detenía José Antonio arranca la escalera que lleva al piso principal, donde estaban las Comisiones parlamentarias. Era constante el desfile de personajes y personajillos. Cuando las Comisiones terminaban el debate descendían por aquella escalera los representantes de cada minoría, y en el último escalón, es decir, el primero, se detenían para leer a los "chicos de la Prensa" las notas correspondientes. Era un diluvio de notas que llenaban las columnas de los periódicos con aquella sección de "Pasillos", verdadero galimatías de enconos y rencores, resumen expresivo de una lucha atroz en que España se derrumbaba hacia el precipicio.

A José Antonio le divertía y entristecía a un tiempo este espectáculo. Detrás de la muralla de informadores que rodeaba al diputado lector quedaba él escuchando, más alto que casi todos, dominando el pintoresco cuadro. En su cara se dibujaban alternativamente las expresiones de pena, de contrariedad, de ira, de alegre satisfacción. Dependía de lo que se leyera y de quien lo leyese.

Algunas veces iba también al salón de conferencias, aquella espléndida sala central, donde florecían sillones y sofás invitando a la holganza y la marmuración; pero fué pocas veces y por poco tiempo. Por donde no anduvo casi nunca fué por los pasillos del lado de la carrera de San Jerónimo. ¡Como que eran la antesala del despacho de ministros y de la Presidencia! Allí no tenía nada que hacer. También iba poco por el bar, y sólo elegía este sitio cuando se trataba de

mantener un diálogo privado con alguna persona.

No resistía la jornada parlamentaria completa, salvo en contadas ocasiones. A última hora de la tarde le llamaban otros deberes. Le llamaba el amor de los suyos, los primeros, aquellos valientes que le esperaban con ilusión encendida. Daba José Antonio de repente dos zancadas hasta el guardarropa, se ponía el gabán y salía a la calle por la puerta de Floridablanca. El aire fresco del anochecer era para él un alivio. Lo respiraba gozosamente y se metía en el "cacharro", que le llevaba en dos minutos hasta la mesa donde los papeles estaban timbrados con yugos y flechas en imprentas clandestinas. Y allí, en aquel pequeño despacho, en aquella casa donde la muchachada invadía todas las estancias, en aquel ámbito estrecho, ¡qué bien respiraba y qué a gusto se sentía!

El salón de sesiones le atraía poco. Asistió a los debates fundamentales para dejar sentado su punto de vista. Se han publicado después sus discursos parlamentarios; pero leídos ahora no admiten comparación con el valor auténtico de la época y el ambiente. Había que oírle en aquel escenario totalmente hostil, donde se enfrentaba con unos y rebasaba a otros. Era la voz de un solitario, voz en el desierto. Pero, en realidad, José Antonio no hablaba para los que le escuchaban, sino para los que le esperaban fuera de aquel lugar, primero unos pocos, luego más y al fin toda la juventud, en alzamiento a vida o muerte, que ha sido vida.

En su historia parlamentaria hay un hecho famoso. Lo tengo anotado en mi viejo carnet de periodista, a quien ha tocado vivir de cerca todas las vicisitudes de veinte años de política. He aquí la fecha: 20 de diciembre de 1933. Aquel día se presentaba por primera vez un Gobierno sin marxistas. ¡Parecía increíble! En los escaños del socialismo palpaba el rencor de la derrota electoral. Estaban enfurecidos. Y se levantó a hablar el paladín eterno, el gran profesional de las palabras detonantes, Indalecio

Prieto. Creía que estaba en los viejos tiempos, en aquellos tiempos ingenuos en que a los lenguaraces no les pasaba nada. Pero habían cambiado mucho las cosas. Porque ese día ante un pupitre había un hombre de treinta años. Ese hombre no representaba a ninguno de los grandes partidos. Era el único representante de un movimiento nacional que se llamaba Falange Española. Era el hijo de un español ilustre, sobre cuyo cadáver Indalecio pretendía hacer sucios juegos dialécticos. Y, claro, se equivocó. Podía "meterse" con el Gobierno cuanto quisiera. Todo eso le hacía reír a aquel hombre de frente despejada y atlética postura, que contemplaba el espectáculo de la política parlamentaria lleno de asco. José Antonio se alzó como un gigante para defender la memoria de su padre, capciosamente evocada por el viejo diputado. ¿Qué dijo Indalecio, entonces? No lo pudimos entender. Uno de sus exabruptos corrientes. Pero apenas pudo hablar; tres o cuatro palabras a lo sumo. Como movido por resorte eléctrico, José Antonio se puso en pie, dió un salto sobre el pupitre y a zancadas — aquellas zancadas suyas, de buen mozo — se dirigió hacia el impostor. Un hombre solo, levantaba la primera barrera al terrorismo difamatorio con que se agotó impunemente a la sociedad española años y años. ¡Que escándalo se armó! Los de la jurisdicción estaban consternados. El presidente hizo sonar primero la campanilla, luego los timbres de alarma. No servía nada. Ya el griterío se había enseñoreado de la estancia. Y en medio de aquel griterío, un hombre alto, a saltos sobre los escaños, se dirigía como una flecha hacia un punto concreto, hacia aquel nombre gordo, que recibía por primera vez réplica adecuada.

El hombre gordo se echó para atrás. Ante él se formó la barrera marxista. Allí Bruno Alonso — el almirante, más tarde, de la "flota republicana", que disparó enormes torpedos... radiofónicos —, allí la Margarita, allí los energúmenos que unos meses antes se comían el mundo en plena euforia mayoritaria. Y José Antonio, contenido por uno, detenido por otro, requerido por alguna otra persona respetable, fué desasiéndose rápidamente de obstáculos y llegó hasta el punto mismo de la zona enemiga. Allí lanzó en tromba sus primeros puñetazos. Allí se armó la trifulca más grande que registran los anales parlamentarios.

Diez minutos así. No le dejaron que se entendiese mano a mano con el matón oficial de todos los Parlamentos. Diez minutos — ni uno menos — permitieron a los buenos amigos de José Antonio intervenir y ponerse en medio para terminar aquella situación insostenible. A duras penas, cogido entre varios cariñosamente, aconsejándole con palabras de experiencia, consiguieron que José Antonio regresara a su punto de partida.

La sesión siguió. ¿Qué dijo Indalecio Prieto? No habló más. Cosa que hubiera parecido increíble, quedó mudo. La sesión entró en un período de calma, y el Gobierno recibió la confianza por 265 votos contra 53.

Aquel acto violento de José Antonio
(Continúa en la página 11)

De máquina en máquina y de chibalete en chibalete—alineados éstos perpendicularmente a las ventanas, por las que entraba el sol a raudales—, Gacco y yo lo recorriamos todo, buscando en las platinas el material nuestro. Sobre las linotipias, los Rodríguez, padre e hijo, componían afanosamente; sobre las cajas, Chapado, Torres, Mateo y otros cuantos iban haciendo las cabezas. Al fondo, primero en la máquina plana y luego en la estupenda rotoplana instalada al lado izquierdo, la incipiente calva de un operario joven, cuyo nombre no recuerdo, inspeccionaba rodillos y mantillas, graduaba

En estos dos últimos casos corrían para todos los mejores vientos, pues su tardanza era disculpa tácita de las ajenas, y para más sosiego aún en nuestras faenas, José Antonio se refugiaba, si la tarea que le quedaba era bastante, en un despacho de las oficinas de «El Financiero», desde donde iba enviando a las linotipias una a una sus cuartillas, como el más consumado periodista. Otras veces, como Sánchez-Mazas y Alfaro, si lo que le quedaba que hacer no era mucho, se acomodaba en el tabuco del regente, Garcilaso, y allí, entre montones de galeradas de las más diversas publicaciones, sobre una mesa que hacían angosta clichés, catálogos de tipos, tinteros, secantes, bloques de plomo en funciones de pisapapeles, varias plumas inútiles, pequeños paquetes de composición, plegaderas,

Los talleres de «El Financiero» quedaban a nuestra espalda, sin una mirada siquiera de precaución. Lo que queríamos era ganar pronto la avenida de Menéndez Pelayo, y después, como un oasis ya, la calle de Alcalá, llena de luces, establecimientos, coches y ruidos. Alfaro, Gaceo y yo, a esta última hora, recorriamos, contentos y gozosos, la gran arteria, hasta la Cibeles.

No hubiese referido aquí este hecho, a no ser para decir que tengo bien fija la imagen de José Antonio en aquella ocasión, y que recuerdo su desenvoltura, su graciosa naturalidad con el periodista, al tiempo que se movía entre las cajas, tomaba y dejaba paquetes de composición, ojeaba pruebas y nos daba instrucciones, como si aquello lo hubiese estado haciendo toda su vida, y como si en los talleres de «El Financiero» todo fuese suyo, hasta las personas sujetas al suave e irrefutable imperio de su presencia.

José Antonio asistía gozoso a este espectáculo. Solía llegar, en tales ocasiones, acompañado por los camaradas Manuel Valdés y Luis Aguilar, entre otros, con los que se iba después, si era verano, a las frescas orillas del Jarama, a recibir las lecciones de natación que le daba el primero, entre conver-

(Continúa en la página 3.)

"LA BALLENA ALEGRE"

Por JOSE MARIA ALFARO

AQUELLO de "La Ballena Alegre" era cosa muy distinta a como después de glorias y cataclismos, muertes y victorias, han querido presentarla gentes de uno y otro lado. En realidad, en su principio, origen y desenvolvimiento, fué una espléndida tertulia literaria, y como toda reunión de escritores, sujeta a fronteras fluctuantes. Lo que de fundamental tuvo, fué el representar —aparte de las enunciaciones de tipo estético, intelectual y literario— una posición moral, social y ética distinta a la de las otras agrupaciones literarias, que acampadas en los cafés madrileños—ese ágora carpetovetónica—sorbían junto al café, humores turbios, pasiones literaturizadas y desafueros ambiciosos.

"La Ballena Alegre", empezando por el local, era limpia, graciosa y con un vago romanticismo que se centraba en un velero arropado en nostalgias y en un espejo que abría una misteriosa ventana interrogante en aquellas paredes de catacumba. Las gentes que allí nos reuníamos habitualmente—salvo alguna que otra excepción prosopopéyica—éramos alegres, juveniles, melancólicos y estábamos traspasados por la enérgica y contundente conciencia del tiempo. Por todo ello la postura común frente a la vida era de un serio dramatismo y buscaba enunciaciones redondas para la española angustia.

Recuerdo que fué Salaverría, ese áspero, serio y dramático guipuzcoano, el primer hombre de pluma que la dedicó un artículo. Salaverría, que no asistió nunca a sus reuniones supo, sin embargo, intuir lo que allí se estaba cocinando; dijo que aquel grupo de escritores querían representar una actitud más dinámica y responsable, tanto en las letras como en la vida literaria y en la nacional. ¡Dios se lo pague!

"La Ballena Alegre" pasó por muy distintas etapas y crisis. Tuvo momentos de esplendor y superabundancia, en que hasta de provincias y del extranjero llegaban contertulios afanosos: literatos, en su mayoría; pintores, escultores, músicos y hasta algún que otro titulado "hombre de negocios" o algún pequeño "mecenas" sin fortuna. En cambio, en otros momentos, sus divanes se vaciaban y tan sólo un par de contumaces hacían la guardia cuidadosa, dejándose ganar por la nostalgia del velero y por la misteriosa atracción del espejo enmarcado.

José Antonio llegó a "La Ballena" una noche, en uno de los períodos de plenitud. Eran los días en que entre gritos y disparos hacía su aparición en las calles la revista "FE", primer órgano periodístico de la Falange. José Antonio estaba dotado de una extraordinaria capacidad intelectual y dialéctica, y a los cinco mi-



nutos su palabra se imponía sobre el guirigay de las discusiones al uso.

Nuestro primer Jefe Nacional, no fué nunca un verdadero asiduo en las reuniones de "La Ballena Alegre". Gustaba de ellas, pero sus múltiples afanes no le permitieron, a lo largo de su breve y luminosa vida, entregarse con juvenil holgura a sus satisfacciones particulares.

Yo le recuerdo, sin embargo, hundido en ardorosas discusiones, en permanente servicio misionero. Aleccionaba sin empalagos didácticos y estrujaba la mente del contertulio, hasta obtener de él el tesoro de sus observaciones, sus trabajos y sus experiencias. A José Antonio le interesa-

ba el hombre y siempre procuraba extraer de cada uno lo que sirviera para enriquecer su visión total humana.

Pero la Falange andaba despierta tras de los pasos de su Fundador. No ya sus escritores—todos los cuales pertenecieron al grupo de "La Ballena Alegre"—, sino algunos de los más ardorosos seguidores del Jefe, descubrieron su presencia en el ambiente encendido y tenue de aquella catacumba literaria. Corrían días difíciles y las pistolas del enemigo estaban en acecho. Sobre los divanes cargados de literatura y de sutilezas ergotistas se montó la guardia vigilante de los fieles. Eran horas ya sin reposo, y José Antonio no se lo concedía ni un instante. Sus apariciones fueron cada vez más espaciadas y ya siempre signadas por un designio político. Llegaba rápido y brevemente vertía sus reflexiones para que se esparcieran con voz contundente de consigna.

Por entonces comenzó la persecución policiaca contra la tertulia de "La Ballena". Fueron dispersados los escritores y

las redadas se hicieron periódicas. Mi último recuerdo de José Antonio tras aquellas mesas de madera, es el de la noche de las elecciones que abrieron las puertas de España al "Frente Popular". El me esperaba allí para que yo le diese el resultado de la contienda electoral. Yo había cenado apresuradamente, entre el tumulto de las noticias, en unión de Juan Aparicio, Ismael Herráiz, Alfonso Palacio y Fernando Cámara. Llegué a contarle lo que sabíamos. Escuchó tranquilo y nos dijo:

—"Ahora comprenderán los cómodos y los egoístas la razón que teníamos."

Después se levantó y nos pidió que lo acompañásemos al ministerio de la Gobernación, ante cuyas puertas las turbas iniciaban sus trágicos desmanes.

Fué aquella, seguramente, la última vez que José Antonio pisó "La Ballena". Su alma, como su cuerpo, se entrañaban aún más con la intemperie española. Ya no volvería a ver aquel velero nostálgico ni la enigmática ventana del espejo.

SI

REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

LARRA, 8
Teléfono 32610

EL CAMPO

Por FRANCISCO BRAVO

CON su clarividencia, José Antonio eligió el campo para el comienzo de la campaña proletaria de la Falange después de su fusión con las J. O. N. S. y del mitin inolvidable del 4 de marzo en Valladolid.

Aspiraba a entroncar la fortaleza del movimiento con la fuerza vetérrima que late en las glebas y en las aldeas y poblaciones de la "triste y espaciosa España".

Precisamente en aquel mitin, que acabó, como todos recuerdan, con una sinfonía de pistoletazos en las calles vallisoletanas, al terminar José Antonio su magnífico discurso, en el que supo cantar sobriamente la belleza mística y ambiciosa de Castilla, se vió rodeado de cientos de labriegos, movilizados por Onésimo, que veían en él al hijo del dictador, y que instintivamente se dejaron ganar para siempre por su cordial bravura, su juventud generosa y también por la extraña seducción que desprendía su fuerte personalidad de hombre signado para el mando.

He contado algunas veces aquel mitin tumultuoso de Jaraiz de la Vera en una panera atiborrada de gente campesina, de hombres sudorosos y fuertes, en cuya alma elemental habían echado raíces la utopía, la desesperanza y el coraje, que bajo la techumbre entelada apretaban sus odios y sus ansias jornaleros marxistas, de jugadores derechistas y gente ya nuestra encuadrada en escuadras prestas a la acción.

El espectáculo era un aguafuerte inolvidable e indescritible. Con unos cuantos de los suyos, José Antonio, aprisionado por la masa, habló con un ímpetu como nunca pudimos escucharle jamás, contagiado de la electricidad primaria que la muchedumbre desprendía y del asco de haber contemplado en un peregrinar de días por el Sur cómo en aquellas jornadas electorales de febrero de 1936 se engañaba a las gentes por políticos de uno y de otro bando. Era difícil hendir aquellos cientos de hombres —la mayor parte armados—, que formaban una argamasa fundida por la pasión.

Unas malas bombillas condescendían a dar forma y luz al cuadro. Traspasaban el aire calenturiento los vivos y los gritos contradictorios, pronunciados en un extremeño hiriente. Basta ver aquello para saber que el riesgo hermoso del mitin iba a decirlo la oratoria del Jefe. Y si su palabra no conseguía dominar a la multitud, es

seguro que habría puñaladas y tiros.

Manuel Mateo y otros camaradas apenas si se pudieron dejar oír por la tempestuosa asamblea. Mas comenzó José Antonio, radiante el rostro por aquel ambiente de lucha, por aquella su proximidad a los hombres elementales, de alma enteriza y fuerte, y después de situarse en su mismo plano de intensidad temperamental, fué hablando ceñida y bellamente para hipnotizar a la gente bravia, para dar alas a su espíritu y teñura a su corazón, sugestionándole con aquel verbo inolvidable. Se calmaron los gritos ásperos, los ojos fueron brillando con una luz nueva y las manos callosas y duras se desprendieron de las culatas de las pistolas y de las cachicuernas para fundirse en un aplauso unánime, entusiasta, electrizante.

Si de aquella panera, bochornosa de calor y de pasión, hubiera sido preciso saltar a una trinchera—trocando el ímpetu de la política con el del combate—, de seguro que toda aquella gente adversaria y enemiga, requemada por los odios de las luchas locales, habría ido magnetizada tras de José Antonio con la exaltación del veterano granadero de la campaña de Italia que, tuteando a Napoleón, le había dicho después de Arcola: "¿Quieres gloria, general? Te la daremos hasta que te emborraches."

En todos aquellos mítines inolvidables el seguro instinto campesino cercaba a José Antonio con una especial adhesión telúrica. Debía ser por el contraste. No hubo en muchos decenios de vida española un hombre más aristocrático, más de selección y de estirpe que José Antonio, por su sangre, por su cultura, por su educación y por su trato. Rodeado por los broncos campesinos, éstos adivinaban en seguida la calidad de aquel joven fuerte y valiente que les hablaba con lenguaje que no entendían, pero que les llegaba al alma como las tonadas en la arada, como los cantos de gesta y los romances que han trabajado el alma del viejo pueblo español en siglos de lucha y de sacrificio. Era entre ellos la espiga más granada y más alta. Se producía el hechizo de la manera natural y sencilla de los milagros. Si aquel hombre excelso impresionaba a cuantos se acercaban a él, por cínicos o desvergonzados que fueran, ¿cómo no se iban a enamorar de su superioridad aquellos labriegos y aquellos peones a los que con música nueva y ardiente les hablaba de la Patria?

LA CARCEL MODELO

TODO sabemos que la Cárcel de Madrid fué construída con arreglo al sistema llamado celular, o, lo que es lo mismo, que estaba constituida por cinco galerías irradiadas en forma de abanico.

Esas cinco galerías o radios estaban situadas al fondo de la fábrica, y en el punto concéntrico de los mismos, situada perpendicularmente al plano de la puerta de entrada principal, había otra galería que quedaba sobre el primer rastrillo. Esta era la llamada galería de políticos, restaurada y acondicionada a todo confort por orden del Gobierno Lerroux-Gil Robles, para alojar, a raíz de la intentona revolucionaria marxista del 34, a Largo Caballero y demás jerifaltes rojos. No tenía celdas esta galería, pero sí una serie de habitaciones, distribuídas a derecha e izquierda de la misma, que cualquier hotel madrileño podía envidiar.

Y después de la redada hecha el día 28 de mayo, los jerarcas de la Falange se encontraban instalados, distribuídos en la forma siguiente: en la primera habitación de la izquierda, José Antonio, con su hermano Miguel; en la segunda, Raimundo Fernández Cuesta, con Roberto Bassas, jefe territorial de Cataluña; en la otra, un consejero nacional de gran relieve, cuyo nombre silenciemos, y Cuerda, secretario particular de José Antonio; en la siguiente, Pepe Sáinz y Julio Ruiz de Alda, consejeros nacionales ambos; en la quinta, Benito Pérez, jefe provincial de Cuenca, y Jesús Mata, de Santander, y en la última Sancho Dávila, jefe territorial de Andalucía, con Leopoldo Panizo, jefe territorial del Norte. En las habitaciones de la derecha y en orden inverso, esto es, empezando por el fondo para acabar en la entrada, se encontraban Mateo Alvargonzález, jefe de centuria; Pepe Badriñana y Eduardo Fieravanti, como presuntos autores los dos últimos del atentado frustrado contra el diputado radical-socialista Álvarez Mendizábal; Manolo Palau, Antonio Jiménez y Alfonso Stenalay Benlliure, acusados también los tres del mismo supuesto atentado; Pedro Homs y José Ruvielles, jefes de centuria los dos, y Javier Aznar, hijo del director de La Voz; Manolo Suárez Inclán, de Madrid, y Alejandro Salazar, jefe nacional del S. E. U.

Gimnasia, estudio y revolución

Merced a su influencia y calidad de ex diputado en Cortes, el Jefe había conseguido del entonces director de la Cárcel Modelo, Martínez Elorza, muerto más tarde en Valladolid, ya iniciado el Movimiento Nacional, un régimen especial para los ocupantes de la galería de políticos.

De acuerdo con este régimen, el grupo de patriotas mencionado distribuía las horas del día en forma cuya relación escueta bastará para dar idea al lector de la concepción de la vida que tenía el Ausente como Milicia y Trabajo.

Se levantaban a las ocho y media, y sin desayunar, bajaban al patio, donde permanecían hasta las nueve y cuarto haciendo gimnasia e instrucción militar, bajo la vigilante dirección de José Antonio.

Terminada esta primera labor del día, pasaban a la ducha, y entre este menester higiénico y el desayuno se ocupaban hasta las diez de la mañana, a cuya hora se reunían todos en derredor de una mesa de estudio que se realizaba sometidos a la mirada vigilante de José Antonio, Raimundo Fernández Cuesta, Julio Ruiz de Alda y Roberto Bassas. Al que no estudiaba o distraía a los camaradas se le imponían severas, terribles sanciones, y aquel día había un extraordinario de cigarrillos, cigarrillos o

algo parecido. Los temas de esta academia versaban sobre organización política y social, que corrían a cargo del Jefe, y profesionales o estudiantiles, que desarrollaban los interesados.

A las doce y cuarto se dejaba el estudio para proceder al aseo, ya que a las doce y media comenzaba la media hora de relación con el exterior que diariamente disfrutaban los encarcelados. Esta comunicación se verificaba en una sala, a través de una sola reja sin tela metálica, y a ella acudían los familiares de los detenidos y enlaces, casi siempre femeninos, que se encargaban de poner en circulación las órdenes, instrucciones y consignas del Movimiento para toda España, los originales para nuestra clandestina y misteriosa publicación "No importa", que tanto trabajo dió a la Policía y tan extraordinariamente intrigó a los españoles por aquella época; el texto de una "Carta a los militares españoles" y otros documentos de parecida trascendencia. Porque el Gobierno de Casares Quiroga, en su afán de yugular el Glorioso Alzamiento Nacional, había ido recluyendo en la Madel, de Madrid, a los principales dirigentes del mismo, sin darse cuenta de que de esta manera lo único que lograban era poner término a las reuniones clandestinas, celebradas de esta manera con mucha mayor seguridad y eficiencia en el local con tan inconsciente acierto por el mismo puesto a disposición de los conspiradores.

También acudían en algunas ocasiones diputados de la C. E. D. A., algunos tradicionalistas y tal que otra vez don Antonio Goicoechea.

Por entonces nuestros presos tenían a su disposición, en calidad de ordenanzas, dos presos comunes que, entre otras misiones, tenían la de preparar la comida, y que acabaron por ser falangistas como aquellos a quienes servían, conquistados por la simpatía y el innato poder de convicción, que eran características preeminentes de José Antonio. La comida se hacía en común, reuniendo lo que a cada uno de los presos enviaban desde la calle sus familiares.

Terminada la comida se hacía reposo hasta las tres y media, a cuya hora bajaban nuevamente al patio, armados de un balón, y se dedicaban a practicar el deporte futbolístico. Al llegar a este punto bueno será advertir, para evitar confusiones, que de este régimen participaban algunos otros falangistas que se encontraban en la galería número 2, entre ellos el camarada Guerra, jefe nacional de Milicias. Para estos emocionantes encuentros se formaban dos bandos completos, en los que Cuerda y Sancho Dávila actuaban de guardametas; Ruiz de Alda, Fernández Cuesta, Bassas y Mata, como defensas; José Antonio y Miguel Primo de Rivera, Pepe Sáinz, Mateo Alvargonzález, Palau, Jiménez y otros, delanteros y medios.

Todos estos partidos se jugaban a un tren endemoniado. Como si estuviera en litigio el título de campeón del mundo; pero... José Antonio era el Jefe. Y los integrantes del equipo B no podían olvidar esta condición del camarada, por lo que en los primeros encuentros se retraían bastante y le atacaban con notoria consideración. Advertido ello por el Jefe, fué motivo de varias convenciones. A él había que "entrarle" como a los demás. Desde entonces fué uno de tantos en la copiosa cosecha de golpes.

Terminado el rato de expansión volvían de nuevo los reclusos a dedicarse al estudio hasta la hora de la cena. Y de esta suerte, en un ambiente de disciplina y camaradería a la par, transcurrían las horas de José Antonio, fecundas para el porvenir de la Patria, hasta que fué trasladado a la cárcel de Alicante.

(De La Gaceta Regional del 20 de noviembre de 1938.)



ALICANTE

Por JULIO FUERTES

ALICANTE tenía entonces, cuando sólo era un sueño rosado en nuestra infancia, aparte del Instituto de Segunda Enseñanza, en el que nos aguardaba el premio o el castigo de nuestra conducta durante el año escolar, una serie de balnearios de madera que se internaban de la playa al mar; un paseo de los Mártires—bateolas de palmeras—lleno de gente desocupada y barquilleros; un Club de Regatas al que entraban y salían hombres con pantalón blanco, americana azul y gorra japonesa con escudo sobre la visera; muchas terrazas de café—veladores rebosantes de chatas copas azules de mantecado—, desde las que se veía el mar con soles temblorosos en las pequeñas olas; el Castillo de Santa Bárbara, seco y pelado, sobre la seca y pelada roca, y una calle con estatua, la calle de Don Eleuterio Maisonave, por la que siempre entrábamos y salíamos a los lugares que más nos gustaban.

Bajo la estatua que jamás consiguió decir nada a nuestra infancia, la estatua del Sr. Maisonave, varios escolares que habíamos terminado ya los exámenes decidimos perdernos por la ciudad. Como ninguno éramos de ella, la cosa no resultó difícil, y al cabo de media hora de caminar no sabíamos nadie donde estábamos. Nuestros puntos de referencia para llegar al inevitable paseo de los Mártires, la calle y la estatua del Sr. Maisonave, de donde habíamos partido, no podíamos encontrarlas. Empezábamos a fatigarnos en un descompuesto trotar por calles angostas y pinas, resistiéndonos a preguntar lo que tanto anhelábamos saber, cuando un espectáculo insospechado hirió vivamente, más que nuestros ojos, nuestros corazones: un hombre, que sólo vimos de espaldas, partiendo una pareja de la Guardia Civil, se perdió tras una espesa puerta que aclaraba con una luz un enrejado medio punto. El hombre había entrado en la Prisión Provincial de Alicante.

El total cansancio que ya nos poseía se transformó súbitamente en abatimiento. Sin comunicarnos impresión alguna, todos quisimos llegar rápidamente a la estatua del Sr. Maisonave, del que empezamos a sospechar que tal vez fuera un benefactor, y de pregunta en pregunta y respuesta en respuesta tardamos muy pocos minutos en conseguirlo.

Ya en el paseo de los Mártires, más tranquilos, y descansando en uno de sus bancos, jugamos unos instantes sobre la rueda de una barquillera. A un mayorón—catorce años, con gafas y pantalón largo—le preguntó el más chico:

—¿Por qué se llama este paseo de los Mártires?

Calló el mayorón y llamamos todos hasta que se escuchó otra pregunta:

—¿Qué mártires son éstos?

Campanudamente repuso el mayorón, con suficiencia:

—Son los mártires de la libertad.

Y hubo otro silencio prolongado, hondo e inconcreto, que ninguno hubiésemos sabido explicar. Para nosotros, para mí, al menos, la libertad sólo era lo que había perdido aquel hombre que habíamos visto entrar, partiendo una pareja de la Guardia Civil, en la Prisión Provincial de Alicante.

Dos periodistas y autores teatrales, por cierto rojos, la noche del 6 de junio de 1936, en el café de Recoletos, me llamaron misteriosamente aparte, para decirme:

—A José Antonio Primo de Rivera, a su hermano Miguel y a otros presos

de Falange se los acaban de llevar a Alicante.

La calle y la estatua de Don Eleuterio Maisonave y las calles y callejas recorridas una tarde, remota ya en el recuerdo y en el tiempo, se me agolparon en la imaginación como fondos confusos de una puerta exacta, concreta, que seguramente horas después se tragaría para siempre a José Antonio.

Obsesionado con estas imágenes y la dramática impresión, comuniqué la noticia a los camaradas que estaban conmigo en el café, e inmediatamente nos pusimos en marcha hacia la Cárcel Modelo. En el camino fuimos encontrando más camaradas que también conocían la noticia. El malestar, el desasosiego y el pesimismo cortejaban nuestra marcha en silencio, que sólo se interrumpía para escuchar pésimos augurios: «¡Eso es que lo van a matar!», decía uno. «¡Asesinarlo, dirás!», replicaba otro. Y tras un silencio más hondo y lúgubre, un tercero, más optimista, trataba de consolar y consolar con una afirmación jurídica: «¡Es imposible! ¡No habrá Tribunal que le condene!»

Aquella misma noche, al acostarnos, ya de madrugada, teníamos detalles

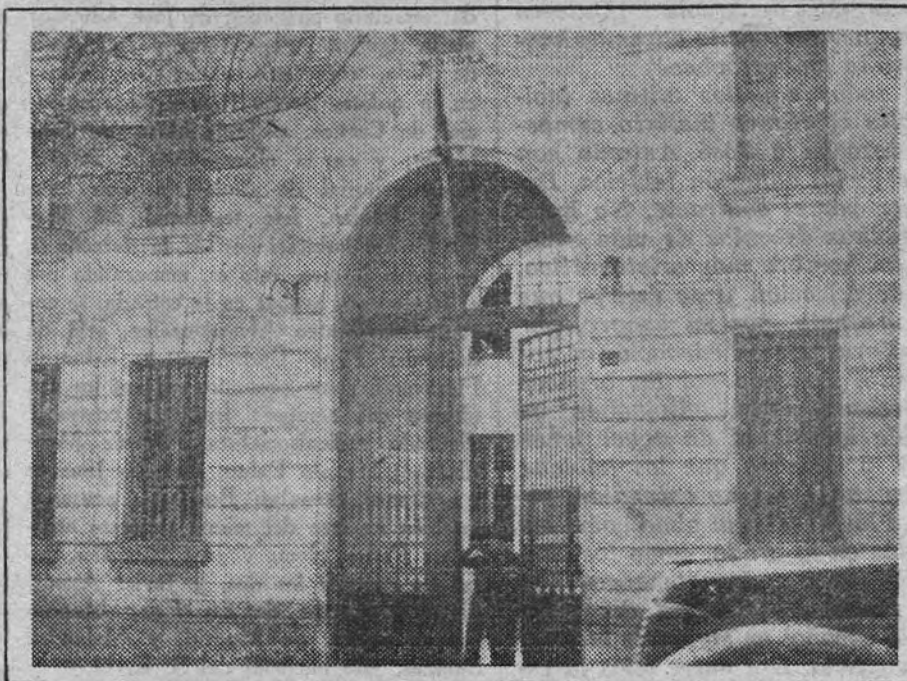
de y de vagos y confusos proyectos de fuga en preparación. Sobreponiéndonos a todo, sabíamos—o quería hacer saber nuestra esperanza al alma—que José Antonio, en último caso, se salvaría siempre.

Esta esperanza era alimentada con palabras del propio José Antonio, que había pronunciado en la cárcel y que nosotros rezábamos de boca en boca, como afirmación rotunda de futuros bienes, como cuando un día dijo, en la Modelo:

—La cárcel me vendrá muy bien, porque la vida, hasta ahora, me ha sido demasiado fácil.

Otra vez se prometía humorísticamente repasar todas las asignaturas del Bachillerato.

En la Prisión Provincial de Alicante leyó y escribió mucho, muchísimo. Miles de páginas leídas y muchísimas cuartillas escritas, sin contar las cartas, en las que tan exacta nos ha dejado la huella de su espíritu. «Procuró luchar—escribía a Eugenio Montes—contra el embrutecimiento de una prisión prolongada. Hago gimnasia y juego a la pelota con mi hermano Miguel. Leo lo poco que puedo y escribo mucho.»



bastante exactos de la trágica partida. A las siete de la tarde el director de la Cárcel había llamado a José Antonio, precisamente cuando estaba reunido con un grupo de camaradas, y le había comunicado la fatal decisión. José Antonio protestó airado y como poseído de un terrible presentimiento: «¡Me sacan de aquí porque me quieren matar!» Después habló con sus camaradas, a los que dió órdenes, consignas y consejos. A las once partió el coche que lo condujo a Alicante, mientras de muchas rejas salían brazos convulsamente estirados, en última despedida, entre las notas de nuestro himno: «... imposible el ademán...!»

José Antonio estaba ya en Alicante; se había perdido tras de aquella puerta cuya forma aun me obsesiona, como si no fuese una puerta poco más o menos como todas las puertas y aun más parecida a las puertas de otras cárceles. Las noticias nos llegaban con frecuencia, y no del todo malas. Algunos camaradas se habían entrevistado con él y nos habían transmitido su imagen risueña y optimista, no exenta de una gravedad que sólo algunos habían observado. Sabíamos que la Falange alicantina se esforzaba en sus servicios y ofrecimientos al Jefe Nacional, y sabíamos de cartas que iban llegan-

tino de los distintos establecimientos, como San Antón, o a la calle en que estaban emplazados, como Duque de Sexto. En todas ellas la Falange sólo tenía un pensamiento obsesivo: José Antonio. Las noticias de su evasión de la cárcel llegaban confundidas con las de su permanencia en la de Alicante. Las radios nacionales y extranjeras contribuían eficazmente a la tremenda duda que era fomentada por noticias así, que nos llegó en el jareton de una servilleta: «Radio Londres asegura que la agencia Havas ha comunicado a todos sus centros informativos que el Jefe de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, vive. Que el día 23 de agosto fué visitado por uno de sus corresponsales y que estaba convaleciente de tres heridas que había sufrido al fugarse...»

Pero no pasó demasiado tiempo sin que pudiésemos llegar a más exactas y desoladoras noticias. José Antonio permaneció preso en Alicante con su hermano Miguel, y a las mujeres de su familia que habían marchado allí para estar cerca de ellos, las habían metido también en la cárcel. Pequeñas noticias de los periódicos marxistas y la marcha de los acontecimientos cerraban nuestro horizonte a la esperanza: José Antonio sería «juizado» y «condenado» a muerte.

Comités y radios de todas las trágicas iniciales velaban por la seguridad del preso, procuraban cerciorarse de que existía, de que no se les engañaba, de que estaba allí, a su disposición para que pudiesen asesinarlo cuando les viniese en gana.

Imaginábamos a José Antonio detrás de sus rejas, que serían poco más o menos como las nuestras, asomándose a patios muy hondos, casi insondables o levantando la cara a los cielos altísimos. Por las noches las mismas cruces de sombras en el suelo y en los petates. De día, en la ciudad, visible para todos, los balnearios de madera metiéndose de la playa al mar, las palmeras del paseo de los Mártires, el Club de Regatas, la estatua y la calle de Don Eleuterio Maisonave, las callejas angostas y pinas y aquella puerta por la que vimos perderse un hombre. Y aquel castillo pelado y seco, alto penacho de la ciudad, en el que gemían también su angustia nuestros camaradas.

Es verano anticipado del año 1939. En una terraza con veladores, sin azules copas de mantecado, espero a un camarada que ha venido conmigo a Alicante. Entre otras cosas, queremos ver la cárcel provincial. Nos obsesiona y nos duele. Vamos como autómatas. Al pasar por debajo del enrejado medio punto de la puerta nos tiemblan las piernas. Apenas advertimos por donde vamos. Galerías como todas, celdas como todas. No; éstas no. Son la diez y la dos. En aquella estuvieron José Antonio y Miguel, y en ésta, José Antonio, en capilla. La una y la tres permanecieron entretanto vacías y cerradas.

Después este camino, corto y largo—¡qué largo, Dios mío!—. Y al fin este patio, un patio hondo, hondísimo, ¡qué alto y lejano el cielo! ¡Y este lugar, bajo esta cruz!

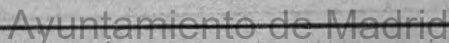
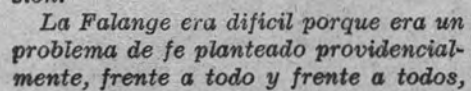
Salimos a la calle ganándola ansiosamente. Caminamos silenciosos, abstraídos, lejanos. Don Eleuterio Maisonave nos avisa como un guardia la ruta y desembocamos en el paseo de los Mártires. ¿De qué mártires? ¡De la libertad!

¡Pobres, que inútilmente perdieron sus vidas!

7

Por XAVIER DE ECHARRI

José Antonio había dicho siempre que la Falange era cosa difícil, y muchos bien o mal pensantes pretendieron y pretenden que con ello se evidenciaba una elaboración intelectual, artificiosa y abstracta, más o menos para laboratorios del pensamiento, sin raíz en la tierra elemental y llana y sin capacidad de penetración en lo espontáneo, en lo cordial, vivo, popular y entrañable. Pero estos tales claro que no comprendieron jamás a la Falange ni entendieron el genio histórico y actual de su Fundador. La Falange era cosa difícil porque su justificación en el tiempo no tenía origen material alguno y de ningún asidero material se servía para su gran tarea. Era empresa del espíritu y por eso servía ante todo el destino trascendente del hombre; pero no era sueño de una noche, ni lanza ideal contra molinos de viento, y supo estar con los pies bien clavados en la tierra para servir ese destino, dentro del destino histórico nacional, dentro del destino universal, con razón pura y simple si la razón era atendida, y con el peligro y el riesgo de la violencia cuando era ésta la única dialéctica que permitía el enemigo. Supo



* * *

(Viene de la página 6)

En estos días en que evocamos el sexto aniversario de la fecha horrenda de Alicante, el recuerdo de José Antonio se aviva con purísima evocación en los que le vimos tantas veces entre aquellos que habían de ser sus verdugos. Lo presentía él y lo presentíamos todos. Acabarían por matarle. ¡Malditos sean los que lo hicieron! Y que Dios Todopoderoso nos perdone esta maldición que afluye a nuestra pluma y a nuestros labios a un tiempo, incontenible, cuando ponemos fin al recuerdo de José Antonio en el Congreso, que el deber nos ha señalado para este periódico y para esta fecha solemne.

El Escorial

Por EUGENIO MONTES

EL Escorial y el viento dijo Santa Teresa al venir con un revuelo de tocas y caminos desde su amurallada Avila. Si, el viento, que es espíritu, pero es también castigo, desnudez de la criatura, penitencia del árbol, arañazo en la tierra, humillación del erguido, que en la carne azotada, lastimada y herida siente toda la miseria del polvo original. Porque el viento es la pesadumbre del cosmos sobre la impotencia del anhelo humano bajo el destino, que nos abate y que nos curva; voz de Antiguo Testamento que, implacable y terrible, nos deja tiritados ante el Juicio Final. Llega, sacude, se aleja. De su paso nos queda nuestro propio temblor, y en la carne indigente algo de desconcielo y de miedo a Jehová. Pero no somos israelitas, sino cristianos. También El tuvo carne sufriente, quejas entre olivos, penas, pies llagados, frío, cansancio y sed. Y quiso rodearse de compañía, y vino a remediarnos del desamparo y soledad, y uno de los que le oyeron fue apodado Pedro. Sobre las espaldas del discípulo, el cobijo de nuestra pequeñez. Con carne de las montañas se edifica la Iglesia para llorar juntos, y así, llorando a la vez, sentir un poco menos cada uno la impotencia del propio ser. Verdadera casa del pueblo, que es eso: unidad de destino o un salvarse en común aquellos que aisladamente perecerían sin piedad. De El Escorial, el viento; pero en El Escorial, la piedra. Y un padre de la Patria que dió amparo a la intemperie y forma al temblor.

Nuestra gran piedra lírica. Bien; pero eso es decir muy poco. Nuestra piedra ejemplar me sonaría mejor, porque es dechado de lírica, ciertamente, pero también de épica, ya que en ella cabe todo pueblo, con todas sus potencias, y en tensión, colectivas; con señorío sobre el mundo, aunque en rendimiento al tras mundo, rodilla en tierra bajo un duro cielo militar. Su lección es de disciplina, incluso de ordenanzas. Pero esa ordenanza supone verdaderamente un orden, y la disciplina no es sólo cuartel, sino, a la par, Universidad y Biblioteca. Sin ira y con estudio. Todo se hizo con lento escrúpulo, cálculo y con continuidad aplomada, como convenía a quien entre lanzas y papel de oficio creó la primera academia matemática. Nadie entre sin saber geometría o, al menos, sin querer saberla a la salida; que director de esa Academia Matemática Filinense fue Juan de Herrera, y un alumno suyo tradujo y comentó la "Espeularia", entonces atribuida a Euclides. El mismo, el propio gran arquitecto, más racionalista todavía, quiso sintetizar el orden pitagórico del cosmos y el número como origen y fin de todas las cosas en su "Discurso sobre la figura cúbica", donde pretende reducir a figura y formas nada menos que el Arte Magna de Ludio, es decir, el más extremado empeño del racionalismo humano.

"He aquí la voluntad pura", dijo un gran meditador ante esa fábrica. Pero, ya de ponerse a evocar koenigsbergas, sería más propio hablar de Razón Pura. Sólo que la razón no es nunca—ni Kant lo sabía—pura del todo. Algo le trasciende y supera desde el principio al fin. Fundó Felipe II El Escorial en reparación generosa de que su Ejército hubiera arrasado, por necesidades de guerra, un pequeño templo francés dedicado a San Lorenzo. Así la fe y la caridad le preceden; la esperanza le sigue. Y es-

perar es virtud cristiana, porque nos induce a esperar incluso en los momentos en que racionalmente, lógicamente, sólo podríamos estar desesperados.

Cuando, repartida entre anarquía y burguesía, España era un horizonte de tristeza que sólo incitaba a los mejores a la desgana, apareció José Antonio a darle claridad a las sombras y misión a las almas. "Seamos arqueros de nuestras vidas y pongámoslas a un blanco", aconsejó Aristóteles. El puso la suya a una alta empresa y por ella cayó, envuelto entre la sombra de Cain, hace ahora seis años. A hombros lo trajimos desde el Mediterráneo hasta nuestra gran piedra teológica e imperial. Tenía que estar ahí y no en ningún otro lado, porque esta

forma sustancial de la historia patria es la única proporcionada en su hermosura y su tamaño para albergar su grandeza difunta. Con su equilibrio entre gravedad y anhelo o el peso entre el alma y el ansia hacia arriba; El Escorial realiza en arquitectura y en símbolo la justa medida y el canon de su sueño. El quería una España así, a la par renaciente y esencial, firme por el trabajo, exacta por su estilo ecuménico, por su origen y sus fines; eterna por la sencillez maravillosa de su logro. Entre el plateresco, mera novedad de ornamento sobre un fondo arcaico y viejo, y el barroco, vano empeño del quiero y no puedo, o sea entre las dos tentaciones castizas, El Escorial representa con su desnudez ascética un mila-

gro de universalidad en el estilo español. Los elementos de su arquitectura son en gran parte de origen italiano: los recuadros con orejeras vienen del templete de Bramante; la corona de la fachada ha aprendido mucho de León Bautista Alberti; la alternancia de los frontones, en rectos y curvos, se inspiró en los planos de Rafael para el palacio Pandolsini; el conjunto, en fin, recuerda el Vaticano. Cualquier otro monumento en el área de España evidencia más la espontaneidad indígena. Pero la musa del Imperio no es la espontaneidad, sino lo perfecto. A alguna imagen y semejanza de El Escorial, José Antonio ambicionó una patria, no típica, sino arquetípica. Sobre el silencio de hormigas de su tumba, sobre el eterno silencio escurialense, vuela ahora una palabra latina, desprendida, quizá, de un Padre nuestro, o abeja de un ramo de flores amorosas: AMEN. ¿Fue él, quizás, quien lo ha dicho? ¿Sueño yo si creo habérselo oído?

